

LOS DOS VIEJOS

5º- 8º

La mujer le dijo: *“Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar”*.

Jesús le dijo: *“Mujer, créeme que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad porque también el Padre busca que le adoren tales adoradores.*

Juan 4, 19-23

I

Dos viejos campesinos habían hecho voto de peregrinar a Jerusalén para orar a Dios, el Señor, en los Santos Lugares. El uno, que se llamaba Efim Tarasovich Shevelev, era rico; Elisei Bodrov, el otro, poseía solo escasos bienes.

Efim era un campesino honorable; no probaba el aguardiente, no fumaba ni tomaba tabaco. Hombre de costumbres estrictas y firmes, no había pronunciado jamás una palabra grosera en su vida. La comunidad lo había elegido dos veces alcalde de la aldea, y ambas desempeñó su cargo con honor para sí y para el pueblo, sin que nadie pudiera reprocharle la menor falta. Dos hijos y un nieto casado vivían en su casa. De aspecto era Efim saludable, se mantenía erguido, y solo en su séptima década empezaron a asomar las primeras canas en su barba. Elisei, en cambio, era de baja estatura; no era rico, aunque tampoco pasaba necesidad. Antes había trabajado como carpintero, pero en su vejez abandonó su oficio y desde la madrugada se ocupaba de sus abejas. También él tenía dos hijos: uno trabajaba en la ciudad, el otro vivía con sus padres. Elisei era siempre alegre y de buen humor; si se presentaba la ocasión, no desdeñaba una copita de aguardiente y también echaba mano a la tabaquera. Era muy aficionado a las canciones y de carácter afable; con los suyos y con los vecinos vivía en paz y armonía. En su aspecto se parecía a su homónimo, el profeta Eliseo: como él, tenía una pequeña barba negra que se rizaba ligeramente y una calva que le rodeaba toda la cabeza.

Ya hacía bastante tiempo que ambos habían hecho su voto, pero Tarasovich no encontraba nunca el momento; el trabajo no se le acababa, y cuando terminaba uno, emprendía otro. No hacía tanto, había estado ocupadísimo con la boda de su nieto; luego esperó el regreso de su hijo menor del servicio militar, y ahora estaba construyéndose una casa nueva.

Habiéndose encontrado los dos viejos un día de fiesta en la obra y sentados sobre una pila de madera, Elisei comenzó a apremiarle:

—*Dime, Tarasovich, ¿cuándo vamos a cumplir por fin nuestro voto?*

Efim frunció el ceño.

—Tenemos que esperar aún —dijo—, este año se presenta muy difícil. Cuando empecé la obra, creía que con cien rublos bastaría, y ya llevo gastados trescientos y la casa aún no está terminada. Tenemos que esperar a que pase el verano; si Dios quiere, entonces partiremos.

—Yo creo que no hay nada que esperar —le replicó Elisei—. La primavera es justo la época adecuada.

—Puede que tengas razón, pero no puedo dejar el trabajo a medias, ya está en marcha.

—Tu hijo hará el trabajo por ti.

—¡No, no! ¡Él no puede con ello! Ya sabes lo poco que se puede confiar en él. Si se topa con el aguardiente, lo deja todo abandonado.

—Cuando nosotros hayamos muerto, compadre, también seguirán viviendo sin nosotros. Tu hijo tiene que aprender a tiempo.

—Todo eso está muy bien, querido Elisei, pero preferiría estar yo mismo presente cuando se haga el trabajo.

—Ay, querido amigo, con todo el trabajo nunca vas a terminar. Escucha lo que dijo el otro día mi nuera. Mis mujeres estaban limpiando y arreglándolo todo para la fiesta. Hay tanto trabajo que no sabes por dónde empezar; esto está por hacer, aquello otro... y entonces la mujer lista dice: "¡Gracias a Dios! —dice— que la fiesta no nos espera a nosotras, porque si no, nunca acabaríamos".

Tarasovich se quedó pensativo.

—La casa me ha costado demasiado dinero —dice—, y para un viaje tan largo no puedo ir con las manos vacías. Cien rublos no son una bagatela.

Elisei se rió a carcajadas.

—No peques, compadre —le dice—, tú eres diez veces más rico que yo y hablas de dinero. No tienes más que decirme cuándo partimos, y mi dinero estará listo, aunque por lo demás no tenga ninguno.

Tarasovich sonrió socarronamente:

—¡Mira tú por dónde, vaya riquezas que tienes! ¿Y de dónde piensas sacar el dinero?

—Bah, ya lo reuniré, y si no alcanza, le vendo a mi vecino diez colmenas; hace tiempo que me lo pide.

—Eso te pesará si las abejas enjambran bien este año.

—¿Que me pese? No, compadre, en mi vida solo he sentido pesar por mis pecados, y por nada más. ¿Hay algo en la Tierra más importante que la salvación de nuestra alma?

—Tienes razón, Elisei, pero tampoco está bien que en casa reine el desorden.

—¡Pero si en tu alma hay algo fuera de orden, eso es mucho peor! Hemos hecho voto de peregrinar a Jerusalén, y ahora cumplémoslo de verdad.

II

Efim meditó largo tiempo sobre estas palabras de Elisei, y cuando llegó la mañana siguiente, fue a ver a su amigo y le dijo:

—*Vamos a ir. Tienes razón: solo Dios es dueño de la vida y de la muerte. Mientras aún vivimos y tenemos fuerzas, debemos hacer lo que hemos prometido.*

Al cabo de una semana, los dos viejos estaban listos para partir.

Tarasovich tenía suficiente dinero en casa. Tomó de él cien rublos y dejó doscientos a su vieja.

También Elisei había hecho provisión para el viaje. Había cedido diez colmenas a su vecino y le había prometido también la cría. Eso le reportó setenta y cinco rublos. Treinta rublos tuvo que aportarlos su familia. Como con una escoba, se juntó todo el dinero de la casa; la vieja dio sus ahorros, que guardaba para su entierro, y también la nuera trajo todo cuanto poseía.

Efim Tarasovich había instruido minuciosamente a su hijo mayor sobre lo que debía hacer en su ausencia: dónde y cuánto heno segar, adónde había que llevar el estiércol y cómo terminar de construir la casa. Había meditado y ordenado cuidadosamente cada pequeño detalle. No así Elisei; este se contentó con encargarse a su vieja que pusiera aparte la cría joven de las colmenas vendidas y se la entregara al vecino sin engaño ni dolo. Sobre lo demás que hubiera que hacer, no dijo nada. “*Vosotros sois campesinos y personas mayores, ya sabréis lo que hay que hacer en casa y en la hacienda.*”

Ya estaban los viejos listos para partir. Como provisión para el camino, las mujeres habían cocido pequeñas hogazas planas y cosido también sacos. Los viejos se cortaron entonces paños limpios para los pies, se calzaron zapatos nuevos de cuero —también llevaban alpargatas— y se pusieron en marcha. Los suyos los acompañaron hasta más allá del pueblo, luego se despidieron, y los dos viejos emprendieron solos el largo camino a Jerusalén.

Elisei abandonó su casa alegre y despreocupado. Apenas quedó el pueblo a sus espaldas, ya había olvidado todo lo que había que hacer en casa. Solo pensaba en cómo podía complacer a Efim, en no decir a nadie una palabra grosera y en llegar a la meta y luego de regreso a casa en paz y armonía con todo el mundo. Camina y va murmurando oraciones o recitando para sus adentros leyendas de santos; pero si se encuentra con alguien o se queda a pasar la noche con otros, se esfuerza por dirigir a cada cual una palabra amable. Así sigue su camino, y una pura alegría llena su corazón. Solo una cosa no lograba: se había propuesto no tomar tabaco durante la peregrinación y había dejado a propósito la tabaquera en casa; pero pronto se le hizo muy cuesta arriba, y cuando alguien en el camino le regaló una nueva tabaquera, se quedaba de vez en cuando rezagado respecto a su compañero y tomaba rapé a sus espaldas, para no inducirlo también a él al pecado.

También Efim Tarasovich avanza a paso firme y seguro; tampoco él hace maldad alguna ni dice palabra innecesaria, y sin embargo su alma está apesadumbrada, y la preocupación no quiere abandonarle. No cesa de pensar en lo que estará pasando en su casa. *¿Habrá olvidado realmente*

algo? ¿Lo hará bien su hijo? Cuando ve por el camino a campesinos plantando patatas o acarreando estiércol, les viene enseguida a las mentes: *¿lo hará también mi hijo mayor como yo le ordené?* Más de una vez le habría gustado volverse atrás para explicarle a su hijo una vez más todo con detalle y también para echar él mismo una mano.

III

Cinco semanas llevaban ya los viejos de camino. La provisión de alpargatas que habían traído de casa se había acabado, y hubieron de comprar otras nuevas. Llegaron a Ucrania. Hasta entonces habían tenido que pagar por el alojamiento y la comida, pero esto cambió: los ucranianos se esmeraban en acoger a los dos peregrinos, les daban de comer y no querían aceptar dinero a cambio; y cuando los viejos proseguían su marcha, les daban además panes y pasteles para el camino, a fin de que no pasaran hambre. Tras haber andado unas setenta y siete verstas, llegaron a una comarca asolada por la falta de cosecha. Ciertamente, también allí los campesinos los acogían amablemente, y tampoco allí quería nadie aceptar dinero de ellos, pero ya no les daban de comer, y a veces ni siquiera con dinero podían comprar algo. Nada habían cosechado el año pasado, contaban los campesinos. Quien antes era rico, hubo de venderlo todo para no morir de hambre; quien antes vivía medianamente, había quedado en la más absoluta pobreza; y quien ya poseía poco de antemano, había llegado a la mendicidad y malvivía allí o en tierra extraña. Durante el invierno habían comido paja.

Una tarde, los viejos se quedaron a pasar la noche en un pueblecito, compraron allí unas quince libras de pan y partieron antes de la salida del sol para adelantar camino antes de que el calor apretara. Tras unas diez verstas, llegaron a un riachuelo, se sentaron, cogieron agua en su escudilla, remojaron pan, comieron y se cambiaron los paños de los pies. Mientras descansaban del penoso camino, Elisei sacó su tabaquera, pero Efim Tarasovich movió la cabeza con desaprobación:

—*¿De verdad no puedes dejar esa tontería?*

—*El pecado me vence* —respondió Elisei—, *¿qué voy a hacerle?*

Luego se levantaron y siguieron adelante. Tras diez verstas llegaron a un pueblo grande con iglesia. Entre tanto, el calor se había hecho intenso, y Elisei quería descansar un poco; además, tenía sed. Tarasovich, sin embargo, no se detenía; era más fuerte y caminaba con mayor resistencia, y a Elisei no siempre le resultaba fácil seguir su paso.

—*Tengo sed, Tarasovich* —dijo—, *¿no nos tomamos algo?*

—*Bebe tú si quieres; yo no.*

Elisei se detuvo. —*No hace falta que me esperes* —dijo—, *solo entro un momento en esa choza a beber un vaso de agua. Ya te alcanzaré.*

—*¡Bien!* —dijo Tarasovich, y siguió adelante; Elisei, por su parte, se dirigió a la primera choza que vio.

Era una casita pequeña y humilde, de adobe, ennegrecida abajo y encalada arriba, pero el barro se había caído en muchos sitios; se veía que hacía mucho que no se hacía nada en la casa, y también el tejado tenía un gran boquete en un lado. La puerta de la casa daba al corral, y cuando Elisei llegó allí, vio en el corral a un hombre tendido, sin barba, flaco, con la camisa metida dentro de los pantalones a la usanza ucraniana. Al parecer, se había tumbado en el corral cuando aún era fresco, pero ahora el sol caía despiadado sobre él, y seguía allí tendido, aunque sin dormir. Elisei lo llamó, queriendo pedir un poco de agua, pero no obtuvo respuesta.

"O este hombre está enfermo o es un desabrido", piensa Elisei, y se dirige a la puerta. Entonces oye llorar a un niño dentro de la choza. Tira de la argolla de la puerta, golpea, llama: *"¡Ave María purísima!"*. No se oye voz humana. Golpea con más fuerza con su bastón contra la puerta: *"¡Gente de Cristo!"*, nadie se mueve; *"¡Siervos de Dios!"*, sigue sin haber respuesta. Ya quiere seguir su camino, cuando oye unos gemidos tras la puerta. *"Aquí ha pasado una desgracia. ¡Tengo que ver!"*, y decide entrar.

IV

Elisei empuja la puerta —no está cerrada con llave—, atraviesa el zaguán; la puerta de la habitación tampoco está cerrada. Ve: a la izquierda está la estufa; al fondo, en el rincón, los iconos; debajo, una mesa con un banco; en el banco está sentada una vieja campesina, solo con la camisa puesta y sin pañuelo en la cabeza, y tiene la cabeza apoyada en la mesa. Junto a ella, un niño, pálido como la cera, flaco, pero con la barriga hinchada por el hambre. Tira a la vieja de la manga, llora y pide algo. Cuando Elisei entra en la habitación, le sale al encuentro, desde el rincón detrás de la estufa, un aire pesado: allí yace en el suelo una mujer con los ojos cerrados, gime y se revuelve de un lado a otro. La vieja levanta la cabeza, ve a Elisei y le habla en ucraniano:

—¿Qué quieres aquí, hombre, qué buscas? No tenemos nada, nada de nada.

Elisei comprendió lo que la vieja quería decir y se acercó:

—Solo quería pedir un trago de agua, sierva de Dios.

—No hay quien te la traiga. Sigue tu camino, aquí no puedes encontrar nada.

Pero Elisei se quedó y preguntó:

—¿Es que no hay nadie de vosotros con fuerzas para ayudar a esa mujer?

—¡No, no! Todos estamos enfermos. El marido se muere en el corral, y nosotras nos morimos aquí.

Al ver al forastero, el niño se había callado, pero cuando la vieja empezó a hablar, volvió a agarrarle la manga y sollozó: *"¡Pan, abuela, pan!"*.

Elisei quería seguir preguntando, pero entonces se abrió la puerta y el campesino se metió a gatas en la choza, tanteando la pared, hacia el banco. Pero no llegó tan lejos: ya en el umbral, cayó al suelo y ni siquiera intentó levantarse. Comenzó a hablar. Lentamente, palabra por palabra, la

lengua se le soltaba; apenas conseguía decir unas palabras, ya tenía que tomar aliento antes de poder seguir.

—Enfermos estamos... enfermos... y hambrientos. Mira, ese se muere de hambre —señaló con la cabeza al niño y rompió a sollozar.

Elisei se quitó el saco de los hombros, liberó los brazos y puso el saco sobre el banco; luego se puso a sacar las cosas. Sacó pan, un cuchillo, cortó una rebanada y se la dio al campesino. Este no cogió el pan, sino que señaló al niño. Pero el niño, en cuanto sintió el olor del pan, ya había alargado las dos manos hacia él, agarró el pan y le hincó el diente, de modo que se le hundió la nariz en él. De detrás de la estufa bajó una muchacha y se quedó mirando el pan fijamente. También a ella le dio Elisei de comer; luego cortó otro trozo y se lo dio a la vieja, y también la vieja lo cogió y empezó a masticar con avidez.

—Habría que traer agua —dijo ella—, tenemos la boca como un erial. Quise hacerlo ayer, o hoy, ya no sé cuándo fue, pero no llegué a la fuente, me caí, y el cubo sigue allí, si no se lo ha llevado nadie.

Elisei se hizo indicar el camino a la fuente, fue, encontró también el cubo y trajo agua a los hambrientos. Los niños comieron otro pedazo de pan, y también la vieja tomó; solo el campesino no quiso más. *“El alma no lo retiene”,* dijo. La mujer del rincón de la estufa, en cambio, no volvió en sí y continuó tendida en el suelo, inquieta e inconsciente. Elisei fue al pueblo, compró al tendero mijo, sal, harina, mantequilla. En la casa encontró un hacha, partió leña menuda y encendió la estufa. La muchacha tenía ya fuerzas suficientes para ayudarlo. Elisei coció una sopa y unas gachas, y dio de comer a aquellas gentes.

V

El campesino no había comido mucho; la vieja, en cambio, había comido con ganas, y los niños habían lamido bien la olla y dormían ahora tranquilos y profundos, uno en brazos del otro.

Entonces el campesino y la vieja comenzaron a contar lo que les había sucedido.

—Antes tampoco vivíamos con holgura —empezó el campesino—, pero cuando el verano pasado no hubo cosecha, entonces sí que pasamos verdadera necesidad. Antes de que llegara el invierno, ya nos habíamos comido todo lo que habíamos recogido. No nos quedó más remedio que pedir ayuda a los vecinos y a otras buenas gentes. Al principio daban de buena gana, pero luego, uno tras otro, empezaron a negarnos las peticiones. Algunos habrían dado de buena gana, pero ellos mismos ya no tenían nada. Y además, nos daba vergüenza tener que pedir una y otra vez. Con todos los vecinos estábamos ya muy endeudados; debíamos dinero, pan, harina. Intenté encontrar trabajo —prosiguió el campesino—, pero en vano; donde preguntaba, ya trabajaban otros, solo por un pedazo de pan; y si por fin encontraba trabajo para un día, podía pasarme al menos otros dos yendo de acá para allá buscando nuevo trabajo. La vieja se fue con la muchacha lejos a pedir limosna. Pero ¿quién les da algo? Todos andan escasos de pan. Y sin embargo, esperábamos salir adelante hasta la nueva cosecha; pero en primavera la cosa se puso muy fea: un día teníamos qué comer, dos días no

teníamos nada. Entonces empezamos a comer hierba verde, y de eso, o de lo que sea, mi mujer cayó enferma. ¡Yo también estoy del todo sin fuerzas! ¿Cómo vamos a volver a levantarnos?

Entonces tomó también la palabra la vieja:

—Yo sola intentaba hacer en casa lo necesario, pero pronto me faltaron también a mí las últimas fuerzas, y la muchacha, de tanta hambre, está completamente atontada. La mandé a casa de los vecinos; se niega, se esconde en un rincón y no hay manera de hacerla salir de casa. Anteayer estuvo aquí una vecina, vio que estábamos enfermos y hambrientos, y se fue muy rápido. ¡Pero quién va a reprochárselo! Ella misma no tiene nada en casa, sus pequeños piden pan, y su marido está fuera. Así estábamos, esperando que la muerte viniera a buscarnos.

Elisei lo escuchó todo en silencio y decidió no proseguir su camino aquel día. A la mañana siguiente, se puso a trabajar en la casa como si él mismo fuera el campesino. Amasó con la vieja la masa del pan, encendió el horno, luego fue con la muchacha a casa de la vecina a pedir prestado lo más necesario del ajuar, ¡pues por más que buscó en la casa, no encontró nada! Todo, utensilios, ropa, todo vendido por un mendrugo de pan.

Así que Elisei lo trajo todo, lo imprescindible para la casa, y lo que no consigue prestado, lo hace él mismo o lo compra. Se quedó en el pueblo un día, un segundo, y ya un tercero. El niño pronto recobró las fuerzas, jugaba en el banco y se acercaba a Elisei con cariño; la muchacha, alegre como un pajarillo, le ayudaba en la faena y corría tras él dondequiera que iba. "Abuelito, abuelito", se la oía gorjear. También la vieja había ido a casa de la vecina, y por fin el campesino se levantó y ya podía andar por el cuarto agarrándose a las paredes. Solo la mujer yacía aún enferma; al tercer día volvió en sí y pidió algo de comer. Cuando esto sucedió, se dijo Elisei:

"Ahora ya es hora de seguir; ¡quién iba a pensar que me quedaría tanto tiempo aquí!"

VI

Al cuarto día de la llegada de Elisei al pueblo era San Pedro y San Pablo. Elisei decidió pasar aún aquella fiesta con sus huéspedes, comer con ellos y hacerles algún regalo, pero luego, por la noche, partir. Fue al pueblo, compró al tendero leche, harina blanca, manteca; luego se puso con la vieja a cocinar y a hacer pasteles, y cuando llegó la gran fiesta, después de los oficios se sentaron todos juntos a la mesa abundantemente dispuesta. Aquel día se levantó también la mujer y empezó a andar lentamente por el cuarto. El campesino, por su parte, se afeitó, se puso una camisa limpia —la vieja la había lavado el día anterior— y fue a casa del campesino rico del pueblo. Este le había prestado dinero el otoño anterior y había tomado las tierras en prenda; ahora quería el hombre rogar al campesino rico que le devolviera el prado y la tierra labrantía hasta la nueva cosecha. Al anochecer, el campesino regresó muy apesadumbrado y se echó a llorar contando que el hombre rico no había tenido compasión de ellos: *"¡Trae el dinero!"*, fue toda su respuesta.

Elisei se quedó muy pensativo:

"¿Cómo va a vivir esta gente?", reflexionaba. "Los campesinos segarán, pero ellos no tienen prado, su prado está en prenda; el centeno madurará, otros lo recogerán —¡y qué rica ha sido la Madre Tierra con ellos!—, pero esta gente no tendrá nada que cosechar, su *desiatina* está perdida para el campesino rico. Si me voy de aquí, volverán a caer en la mayor miseria."

Largo rato meditó Elisei sobre ello, luego decidió esperar a la mañana siguiente para tomar una decisión. Salió al corral, donde solía dormir, rezó a Dios y se acostó, pero el sueño no acudía a su lecho. Demasiados pensamientos le atormentaban. "¡Cuánto tiempo y dinero has malgastado ya, querido!" —y luego le dolían otra vez aquellas pobres gentes. "¡Pero a todos no puedes ayudar! Mira: solo querías darles un trozo de pan, darles un trago de agua, ¡y en qué se ha convertido todo! Ahora tienes que rescatarles el prado y la tierra, y si haces eso, luego tendrás que comprarles una vaca para los niños y un caballo para el campesino, ¿cómo si no va a traer el grano al granero? No, querido Elisei Kuzmich, así no puede seguir. Te has metido en un callejón sin salida y no encuentras la manera de salir."

Elisei se incorporó, cogió el caftán doblado que le servía de almohada y lo desplegó para coger la tabaquera. Luego aspiró con fuerza, esperando aclarar sus pensamientos, pero también fue en vano y todo su cavilar inútil, no encontraba salida. Tenía que irse, eso estaba claro, pero ¿cómo iba a dejar a aquella gente sin ayuda? Así que enrolló de nuevo el caftán y se acostó, pero ya habían cantado los gallos cuando por fin se quedó dormido.

De repente le parece que alguien le ha despertado, y se ve a sí mismo, listo para partir, con la bolsa y el bastón. Quiere salir por la puerta, pero esta está abierta solo lo justo para que una persona pueda pasar a duras penas. Lo intenta, pero la bolsa se le engancha; cuando quiere soltarse, los paños de los pies se le han enganchado del otro lado y se desatan. Comienza a soltarse también de ahí, y entonces ve: no es la puerta donde se ha enganchado, ¡es la muchacha, que le agarra de la bolsa! "¡Abuelito, abuelito!", le llama, "¡da pan, da pan!". Y cuando mira hacia sus paños, ve al niño, que le agarra de ellos; y por la ventana asoman el campesino y la vieja.

De este sueño despertó Elisei y dijo en voz alta:

"Mañana rescataré la tierra y el prado, y compraré también un caballo, y harina hasta la nueva cosecha. Y una vaca también hará falta. Si no hago esto, entonces buscaré a Cristo lejos, al otro lado del mar, y lo perderé dentro de mí mismo. ¡Tengo que ayudar a esta gente!"

Dicho esto, se acostó y se durmió al punto. A la mañana siguiente, muy temprano, fue al campesino rico y rescató la tierra empeñada y devolvió también el dinero que el campesino había tomado a préstamo sobre el prado. Luego compró una guadaña —¡pues también la habían vendido!— y envió al campesino al prado a segar. Él, por su parte, siguió adelante, fue de casa en casa, hasta que por fin encontró en el tabernero lo que buscaba: caballo y carro. Compró ambas cosas, hizo poner también un saco de harina en el carro y siguió su camino. Yendo así calle abajo, alcanza a dos campesinas y oye que hablan de él. Hablan en ucraniano, pero puede entender lo que dicen.

—Cuando llegó a su casa —contaba una—, no sabían qué clase de hombre era. Decían que era un hombre muy sencillo, un peregrino; contaban que había entrado en la habitación a pedir un trago de

agua, y luego se había quedado con ellos. ¡Cuántas cosas no habrá hecho por ellos! Lo he visto con mis propios ojos regateando ahora mismo con el tabernero por un caballo y un carro. ¿De verdad existe eso? ¿Hay gente así en este mundo? ¡Tengo que ir corriendo a ver este prodigio!

Al oír estas palabras y ver lo mucho que lo alababan, Elisei decidió no comprar la vaca. Regresó a la taberna, pagó el caballo y el carro y se fue con el saco de harina a casa del campesino. Se detuvo ante la puerta y bajó del carro. Los campesinos vieron el caballo y se maravillaron mucho. Sin duda adivinaron que había comprado el caballo para ellos, pero no se atrevían a decir palabra. Salió el campesino a abrir la puerta.

—¿De dónde has sacado el caballo, abuelito? —preguntó.

—Lo he comprado. Estaba barato. Anda, siega un poco de hierba para que tengamos algo para el pesebre esta noche. ¡Y quita el saco del carro!

El campesino desenganchó el caballo y llevó el saco al granero; luego llenó el pesebre con hierba recién segada y regresó a casa. Entretanto había anochecido y todos se fueron a descansar. Elisei salió de nuevo al corral —dijo que quería dormir al aire libre, como de costumbre—; pero había sacado también su bolsa, y cuando todo quedó en silencio en la casa, se levantó, recogió sus bártulos, se puso la chaqueta y las botas y emprendió el camino para alcanzar a Efim.

VII

Elisei había andado unas cinco verstas cuando empezó a amanecer. Se sentó bajo un árbol, sacó su dinero y se puso a contar cuánto le quedaba de sus cien rublos. Diecisiete rublos y veinte kopeks era todo su haber.

"Bueno", piensa, "con este dinero no llegas lejos, no puedes cruzar el mar con eso. Podría ir pidiendo limosna, pero me temo que eso sería más pecado que bendición. Mi compadre Efim llegará también sin mí y pondrá una vela por mi intención. Al parecer no está escrito que yo cumpla mi voto antes de morir. Quiero confiar en la bondad de Dios; el Señor es misericordioso, él perdonará a este pobre pecador."

Elisei se levantó, se colgó la bolsa al hombro y emprendió el camino de regreso; pero rodeó el pueblo en el que acababa de estar para que la gente no volviera a verle. Pronto estuvo Elisei de vuelta en casa. Cuando había salido de ella, le costaba andar, y a veces le resultaba casi imposible seguir el paso de Efim; pero ahora el Señor le daba tantas fuerzas que ya no sentía cansancio alguno. Anda como jugando, blande su bastón y llega a recorrer hasta setenta verstas en un día.

Cuando Elisei regresó a casa, la cosecha ya estaba recogida y las faenas del campo terminadas. Los suyos se alegraron de que hubiera vuelto, pero empezaron a preguntar qué había pasado y por qué se había separado de su compañero, y también por qué había regresado a casa sin haber alcanzado su meta ni cumplido su voto. Pero Elisei no dio una respuesta clara a todas estas preguntas.

—Dios lo habrá querido así —dijo—; por el camino perdí mi dinero, por eso me quedé atrás de Efim. ¡Perdonadme por amor de Cristo!

Dicho esto, entregó a su vieja el resto del dinero y preguntó qué había sucedido en casa. Lo encontró todo en perfecto orden; el trabajo estaba hecho, nada se había descuidado, y en el hogar reinaban la paz y la concordia.

Aquel mismo día, los familiares de Efim supieron que Elisei había regresado a casa. Acudieron presurosos a preguntar por su viejo. También a ellos les contó Elisei lo mismo.

—Vuestro viejo —dijo— es un andarín de los buenos. Tres días antes de San Pedro y San Pablo nos perdimos de vista. Quise alcanzarle, pero me ocurrieron varias cosas, perdí mi dinero y no pude seguir adelante. Así que he vuelto a casa.

A todos les pareció extraño que un hombre tan sensato hubiera podido obrar tan tontamente: se va y no llega a su destino, y gasta una cantidad de dinero para nada. Durante algún tiempo la gente habló del asunto, luego se olvidó, y también Elisei dejó de pensar en lo ocurrido. Se puso a trabajar con ambas manos, acarreó leña para el invierno con su hijo, trilló el grano con las mujeres, reparó el tejado de los cobertizos y atendió a sus abejas. Las colmenas vendidas las entregó al vecino con las crías prometidas. Ciertamente que su mujer no quiso decirle qué colmenas habían enjambrado, pero Elisei lo sabía sin necesidad de que se lo dijeran. No diez colmenas, sino diecisiete enteras entregó al vecino. Así que Elisei se ocupó de todo el trabajo, envió al hijo a la ciudad para que ganara algo durante los meses de invierno, y él mismo se puso a trenzar alpargatas y a ahuecar colmenas, como solía hacer cada invierno.

VIII

Aquel día en que Elisei había atendido a los hambrientos, Efim esperó largo rato a su compañero. No lejos del pueblo se había sentado y miraba hacia el lugar por donde había de aparecer Elisei. Le venció el sueño, despertó de nuevo, y aún no estaba Elisei. Efim esperó pacientemente, en vano; ya el sol se ocultaba tras los árboles, y Elisei no aparecía.

"¿Habrá pasado junto a mí sin verme?", se preguntó Efim. "¿O acaso habrá pasado mientras yo dormía (¡quizá alguien lo llevó en su carro!). Pero tampoco es muy posible: en la estepa se ve lejos. ¿Debo volver atrás? Pero si ha pasado, entonces nos separaremos del todo, ¡y eso sí que sería malo! Prefiero seguir adelante; ya nos encontraremos en la próxima posada."

Cuando Efim llegó al pueblo donde habían de pasar la noche, dijo al escribano del concejo que si llegaba Elisei, le indicaran la misma casa donde él iba a alojarse. Describió minuciosamente el aspecto de Elisei, pero pasó la noche y Elisei no apareció. Con el corazón apesadumbrado, Efim siguió adelante, pero preguntaba a cuantos encontraba si no habían visto a un viejecillo calvo. Nadie pudo darle razón. Efim se extrañó mucho y prosiguió su camino pensativo.

"Ya nos encontraremos", pensó luego, "quizá en Odesa, o incluso en el barco", y tranquilizado por este pensamiento, siguió su camino.

Por su sendero se había encontrado con un peregrino de hábito talar largo y una pequeña gorra negra sobre su larga cabellera. Habían pasado la noche en la misma casa, habían trabado conversación y ahora proseguían juntos el camino. Había estado en el monte Athos, contaba el peregrino, y ahora iba por segunda vez a Jerusalén.

Llegaron por fin sanos y salvos a Odesa. Allí tuvieron que esperar tres días el barco. Muchos piadosos peregrinos de todas las regiones de Rusia esperaban con ellos. De nuevo preguntó Efim por su compañero, pero tampoco allí había nadie que hubiera visto a Elisei.

Efim se procuró los documentos necesarios para poder viajar al extranjero —le costaron cinco rublos—, luego pagó cuarenta rublos por la travesía a Tierra Santa y se compró pan y arenques para el viaje por mar. Cargaron el barco, subieron a bordo a los peregrinos; también Tarasovich y su peregrino embarcaron. Entonces levaron anclas, zarparon y el barco se hizo a la mar. Durante el día todo fue bien, pero hacia el atardecer se levantó viento y empezó a llover. Cuando el barco comenzó a cabecear y algunas olas barrían la cubierta, la gente se inquietó; las mujeres se pusieron a gritar, pero también entre los hombres había espíritus temerosos que corrían de un lado a otro del barco buscando un lugar seguro. Ciertamente es que también a Efim le entró miedo, pero no lo demostró. Allí donde se había sentado, allí permaneció, y con él algunos ancianos de Tambov. Toda la noche no se movieron de su sitio, y tampoco al día siguiente. Solo se agarraban bien a sus bolsas, y ni una palabra cruzaron entre ellos. Al tercer día se calmó la mar, y al cabo de cinco días, el barco atracó en Constantinopla. Algunos peregrinos desembarcaron para visitar la iglesia de Santa Sofía, donde ahora moran los turcos; Tarasovich, sin embargo, no abandonó el barco. Solo se compró un poco de pan blanco. Permanecieron un día entero en Constantinopla, y luego siguieron viaje. Tras hacer escala en la ciudad de Esmirna y en otra ciudad llamada Alejandría, llegaron por fin a Jafa. Allí todos los peregrinos tuvieron que desembarcar y recorrer a pie las últimas setenta verstas hasta Jerusalén. Pero antes aún hubieron de pasar bastantes apuros: los llevaron en botes desde lejos de la orilla, pero no era cosa fácil: el costado del barco es alto, y abajo, muy abajo, están los botes, a los que hay que bajar desde la borda. Los botes se balancean con el oleaje, y así hay que tener todos los sentidos bien despiertos para no caer al agua. Pero todo salió bien; solo dos hombres se mojaron.

Una vez desembarcados los peregrinos, prosiguieron a pie y alcanzaron por fin, hacia la hora de comer del tercer día, la Ciudad Santa. Se alojaron ante las puertas de Jerusalén en la hospedería del monasterio ruso, dejaron allí sellar sus pasaportes y luego, después de comer, fueron a los Santos Lugares. Como aún no se podía entrar en la capilla del Santo Sepulcro, se dirigieron al palacio del Patriarca. Allí se sentaron todos los peregrinos —hombres y mujeres separados— y se quitaron los zapatos, como se les había ordenado. Luego se acercó un monje, lavó los pies a cada peregrino, los secó con una toalla y los besó. Cuando llegó la hora de las vísperas, rezaron, ofrendaron velas y encargaron misas por sus difuntos. Después les dieron de comer en el palacio del Patriarca, y también les ofrecieron vino. A la mañana siguiente visitaron la cueva en la que Santa María Egipciaca se afanaba por la salvación de su alma, y también allí ofrendaron velas y mandaron leer una oración. Fueron al monasterio de Abraham y vieron el jardín en el que Abraham quiso sacrificar a su hijo a Dios; luego visitaron el lugar donde Cristo se apareció a María

Magdalena, y la iglesia de Santiago, el hermano de Nuestro Señor. El peregrino con el que iba Efim les mostró todos aquellos Santos Lugares, y les dijo también cuánto había que ofrecer en cada sitio. A eso del mediodía regresaron a la hospedería del monasterio, pero apenas se habían echado a descansar después de comer, cuando el peregrino gritó asustado y se puso a hurgar excitadísimo entre sus ropas buscando algo.

—*¡Me han robado! —gritó—. ¡Mi dinero ha desaparecido! ¡Todo mi dinero! Veintitrés rublos había en la bolsa, dos billetes de diez rublos y tres rublos en monedas sueltas.*

El peregrino se lamentaba y afligía, pero como nadie podía ayudarle, se acostaron sin prestar mayor atención a esta desgracia.

IX

También Efim se acostó, pero le asaltó una tentación: "*¿De verdad le habrán robado al peregrino?*", le pasaba por la cabeza. "*Me da a mí que no llevaba dinero alguno encima. Por todas partes he tenido que pagar yo por él, él no soltó ni un kopek, y hasta me ha sacado un rublo entero prestado.*"

Pero tales pensamientos hicieron que Efim se arrepintiera, y entabló un juicio consigo mismo: "*¡Qué mal juzgo a otro! ¡Eso es pecado, pecado! ¡No quiero pensar más en ello!*" Pero una y otra vez le asaltaba el recuerdo de lo codicioso que era el peregrino, de lo extraño que sonaba todo lo que contaba del robo, y finalmente Efim acabó convencido de que el peregrino había mentido.

A última hora de la tarde se levantaron y fueron a la gran iglesia de la Resurrección, junto al Santo Sepulcro; pero el peregrino no perdía de vista a Efim y le seguía a dondequiera que iba.

Cuando llegan a la iglesia, ven que peregrinos y hombres piadosos de todos los países del mundo se apiñan allí: rusos, griegos, armenios, turcos, sirios. Junto con toda esa gente llegó también Efim a la Puerta Santa; un monje les guía, pasando junto a la guardia turca, hasta el lugar donde el Salvador fue bajado de la cruz y ungido. Nueve grandes cirios arden día y noche en ese lugar. El monje lo muestra todo a los peregrinos, lo explica todo detalladamente. También aquí ofrece Efim una vela y luego sigue al monje hacia la derecha, escaleras arriba, hasta el Gólgota, el lugar de la Calavera, donde había estado la cruz de Cristo, y se sumió en la oración. Luego le mostraron la grieta por donde la tierra se había abierto hasta el infierno, y también el lugar donde las manos y los pies de Nuestro Señor Jesucristo fueron clavados en la cruz. Vio también Efim la tumba de Adán y oyó que allí había caído la sangre de Cristo sobre los huesos de Adán. Continuaron hasta la piedra en la que Cristo había estado sentado cuando los soldados le pusieron la corona de espinas en la cabeza, y hasta la columna a la que le ataron para azotarle, y finalmente también a la piedra con los dos agujeros para los pies de Cristo. Querían mostrarles aún más cosas, pero la gente ya se agolpaba para irse: todos se apresuraban hacia la capilla del Santo Sepulcro, donde acababa de terminar un oficio religioso de otro rito y estaba a punto de comenzar el de los ortodoxos. Junto con toda aquella gente fue también Efim.

Bien le habría gustado ir solo y librarse del peregrino, porque todavía pecaba en pensamiento contra él —pero el peregrino no se separaba de Efim y le seguía pisándole los talones hasta la capilla del Sepulcro. Era imposible llegar adelante, para eso habían llegado demasiado tarde. La gente se apretujaba con tal violencia que no se podía pasar ni hacia delante ni hacia atrás. Así está Efim, mira al frente y reza, pero sus dedos palpan entretanto su bolsa, y sus pensamientos oscilan entre la oración y su dinero. *"Si el peregrino te engaña, ten cuidado; pero si dice la verdad y de verdad le han robado, bueno, entonces ten cuidado de que no te ocurra a ti lo mismo."*

X

Así está Efim, reza y mira hacia el altar, donde sobre el sepulcro de Cristo arden treinta y seis lámparas. De repente ve —¡oh milagro!— bajo la lámpara más cercana, allí donde arde el Fuego Sagrado, está un anciano con una sencilla túnica de paño gris, y la calva le brilla sobre toda la cabeza, exactamente igual que a aquel Elisei Bodrov.

"¡Qué parecido con mi Elisei!", piensa Efim. *"Pero no puede ser él, ¿cómo iba a haber llegado antes que yo? El barco anterior al nuestro había zarpado ya ocho días antes de que yo llegara a Odesa. Le era imposible haberme adelantado tanto, y en mi barco tampoco venía. Yo me fijé bien en todos los peregrinos."*

Apenas había pensado esto Efim, cuando el anciano que estaba bajo la lámpara se inclinó en oración, primero hacia delante, ante Dios Nuestro Señor, luego hacia los fieles de la derecha y la izquierda, y al volver la cabeza hacia la derecha, Efim lo reconoce. ¡Es él, es Elisei Bodrov! Esa es su barba, negra, rizada, ligeramente cana en las mejillas, y también sus cejas, sus ojos, su nariz, no hay duda, es él y no otro, allí delante, bajo la lámpara.

Efim se alegró de todo corazón de haber encontrado por fin a su compañero; aunque le parecía asombroso que Elisei hubiera llegado a Jerusalén antes que él.

"¡Mira tú por dónde, Bodrov!", piensa. *"¿Cómo se las habrá arreglado para llegar tan adelante? Habrá encontrado a alguien que le haya llevado hasta allí. Voy a esperarle a la salida; que mi peregrino se las apañe sin mí. Quizá Elisei me lleve también a mí a ese sitio, delante, bajo la lámpara."*

Sin apartar la vista, Efim miraba hacia delante para no perder de vista a Elisei. Cuando el oficio se acercaba a su fin, la gente empezó a moverse, todos se apretujaban hacia delante para besar la cruz, y en aquel hervidero de gente, a Efim lo empujaron a un lado. De nuevo le asaltó el miedo de que alguien pudiera robarle su dinero. Agarró convulsivamente su bolsa y se abrió paso entre la multitud hacia la salida. Apenas estuvo fuera, se puso a buscar a Elisei; lo buscó por todas partes: en la plaza ante la iglesia, en las celdas del monasterio; vio a mucha gente comiendo, bebiendo vino, durmiendo, leyendo, pero en ninguna parte pudo divisar a Elisei, y sin haberse encontrado con él, regresó Efim a la hospedería. Aquella noche tampoco regresó el peregrino, y desapareció, junto con el rublo que Efim le había prestado. Así que Efim se quedó de nuevo solo.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue Efim al Santo Sepulcro; le acompañaba uno de los viejos campesinos de Tambov con los que había viajado en barco. Efim intentó hoy llegar adelante, pero de nuevo fue rechazado hacia atrás. Así que se colocó junto a una columna, rezó y buscó con la mirada a Elisei. ¡Y en efecto! De nuevo está en el lugar más adelantado, junto al mismo sepulcro de Cristo, Elisei bajo la lámpara, tiene los brazos extendidos como un sacerdote, y su calva brilla sobre toda su cabeza. *"Ahora no se me va a escapar"*, pensó Efim, y comenzó a abrirse paso hacia delante. Pero cuando llegó a la lámpara, Elisei ya no estaba.

También al tercer día está Efim de nuevo junto al sepulcro de Cristo, y otra vez ve a Elisei en el lugar santísimo, visible para todos, de pie con los brazos extendidos y mirando hacia arriba, como si allí hubiera algo que ver. Y otra vez brilla su calva sobre toda su cabeza. *"Lo mejor será que me ponga a la salida"*, se dijo Efim. *"Allí no podemos perdernos."* Y salió, se quedó y esperó, esperó largo rato, aún por la tarde estuvo allí, toda la gente hacía rato que había pasado, pero Elisei no había aparecido.

Seis semanas enteras permaneció Efim en Jerusalén y visitó todos los Santos Lugares. Estuvo en Belén, en Betania, en el Jordán; estuvo en el Santo Sepulcro y allí se hizo estampar un sello en una camisa nueva para ser enterrado con ella; llenó una botella con agua del río Jordán y se llevó un poco de tierra de Tierra Santa. Compró velas de los Santos Lugares, y en ocho iglesias encargó misas por sus queridos difuntos. Cuando se le acabó el dinero y solo le quedaba lo justo para poder regresar a casa, emprendió el camino de vuelta. En Jafa volvió a embarcarse, llegó felizmente hasta Odesa y desde allí prosiguió a pie.

XI

Efim recorre ahora el mismo camino de regreso a su tierra, pero va solo. Cuanto más se acerca a su casa, más le acucia la preocupación de cómo habrá ido todo en su ausencia. *"Un año es largo"*, piensa, *"muchísima agua corre por el arroyo. Se tarda años en acumular hacienda y bienes, y en un santiamén se pierden."*

Muchas cosas quiere saber: cómo se las habrá arreglado su hijo mayor sin él, si el tiempo fue favorable y el ganado pasó bien el invierno, si la casa habrá quedado como él la había planeado. Sumido en tales pensamientos, llegó Efim al lugar donde el año anterior se había separado de Elisei. Apenas se reconocía a la gente. El año pasado habían pasado la mayor necesidad, pero ahora vivían sin preocupaciones y contentos. La cosecha había prosperado excelentemente, y así también la gente se había recuperado y olvidado su anterior penuria. Una tarde llega Efim al pueblo donde se había quedado Elisei. Apenas ha entrado en la calle del pueblo, cuando de la primera casa sale corriendo una muchachita con camisa blanca y grita:

—¡Abuelito, abuelito! ¡Párate en nuestra casa!

Efim quería seguir adelante, pero la muchachita le agarró del faldón y tiró de él, riéndose a carcajadas, hacia la casa. Allí también salió corriendo al portal una mujer con un niño, y también ella rogó a Efim que se quedara en su casa.

—¡Ven, abuelito, ven a casa, cena con nosotros y quédate a pasar la noche!

Efim reflexionó:

"Podría preguntar aquí por Elisei", pensó, "me parece que es la misma casa en la que entonces entró a beber un trago de agua."

Efim entró; la mujer le quitó la bolsa, le ofreció agua para lavarse y le rogó que se sentara a la mesa. Luego trajo leche, pasteles de requesón, gachas, y lo puso todo sobre la mesa. Tarasovich dio las gracias y alabó a aquellas gentes que tan amablemente acogían a un peregrino. La mujer asintió:

—¡No podemos hacer otra cosa! Un piadoso peregrino nos devolvió la vida. Habíamos olvidado a Dios y Él nos castigó tan duramente que solo esperábamos la muerte. Fue el verano pasado; estábamos todos postrados, y además no teníamos nada que comer, estábamos mortalmente enfermos. Seguro que habríamos muerto si el Señor no nos hubiera enviado a un anciano, uno como tú. En pleno día entró en nuestra casa y pidió un trago de agua. Entonces vio toda nuestra miseria y se compadeció de nosotros. Nos dio de beber y de comer; nos puso de nuevo en pie rescatando nuestra parcela, compró un caballo y un carro y nos los dejó.

Entró también la anciana en la habitación e interrumpió a la mujer:

—Y ni siquiera sabemos si era un hombre o un ángel —dijo—. A todos quería, de todos se compadecía. Y cuando se fue, no dijo su nombre, de modo que ni siquiera sabemos por quién rogar a Dios. Como si fuera ayer, lo recuerdo: estoy yo allí, esperando la muerte. De repente veo: entra en casa un anciano, un hombre sencillo, pequeño, con una calva en toda la cabeza. Quería agua. Yo, pecadora, pensé: "¿Qué extraños andarán merodeando por aquí?". Pues mira lo que hizo por todos nosotros. Apenas vio nuestra miseria, ya se quitó la bolsa, aquí mismo la puso y la desató.

Entonces la muchachita terció en la conversación:

—¡No, abuela! —exclama—, primero la puso aquí, en medio de la habitación, y luego la colocó en el banco.

Empezaron entonces a discutir y a recordar todas sus palabras y acciones, dónde se había sentado y dónde había dormido y qué le había dicho a quién.

Cuando oscureció, llegó el campesino del trabajo del campo, y también él empezó a hablar de Elisei:

—Si él no hubiera venido entonces —dijo—, habríamos muerto todos en pecado. Yacíamos en la más profunda desesperación, murmurando contra Dios y contra los Hombres. Pero él nos levantó, y por él conocimos el Amor de Dios y recuperamos nuestra fe en la bondad humana. ¡Que Cristo lo bendiga! Antes de que viniera a nosotros, vivíamos como bestias; él nos hizo humanos.

Las gentes dieron a Efim de comer y beber, luego le prepararon el lecho y se acostaron también ellos a descansar.

Efim yace, pero no duerme; no cesa de darle vueltas a cómo había visto a Elisei en Jerusalén.

"Así que aquí se me adelantó", piensa. "Si mi ofrenda fue grata al Señor, no lo sé; la suya, en cambio, el Señor la ha aceptado."

A la mañana siguiente, los campesinos se despidieron de Efim, le dieron abundante provisión para el camino y se fueron a sus faenas; Efim, por su parte, emprendió el camino a casa.

XII

Justo un año había pasado cuando Efim regresó a casa.

Era ya de noche cuando llegó. El hijo no estaba; había ido a la taberna. Cuando por fin apareció, su aliento olía a aguardiente, y tras unas cuantas preguntas supo Efim que el muchacho, sin su mano firme, se había echado a perder. Había despilfarrado el dinero, abandonado el trabajo, y cuando el padre le reprochó por ello, se puso incluso insolente.

—Tú podrías haberte matado a trabajar —dijo—, pero te fuiste, te llevaste el dinero, ¿y yo tengo que dar explicaciones?

Entonces al viejo le cegó la ira y golpeó a su hijo.

A la mañana siguiente, Efim Tarasovich fue a ver al alcalde del pueblo para hablar con él sobre su hijo. Al pasar junto al corral de Elisei, ve a su mujer —estaba precisamente en el portal:

—¡Dios te guarde, compadre! —le grita a Efim—. ¿Llegaste bien? ¿Has vuelto sano y salvo?

Efim Tarasovich se detuvo:

—¡Dios sea loado! —respondió—. Bien llegué, bien, solo que perdí a tu viejo, pero oigo que ha vuelto a casa.

Entonces la vieja empezó a contar —le gustaba hablar:

—Ha vuelto —dijo—, bienhechor, hace ya mucho que ha vuelto. Creo que fue poco después de la Asunción de María. ¡Qué alegría tuvimos cuando el Señor permitió que regresara a casa! Es triste sin él. Ciertamente es que ya no puede trabajar mucho, no es el más joven, pero es la cabeza de la familia, con él todo es más alegre. También nuestro hijo se alegró tanto. "Sin él", decía, "ando a tientas en la oscuridad, como si estuviera ciego." Es triste cuando está lejos de nosotros, querido; le queremos, le queremos con todo el corazón.

—¿Está en casa?

—¡Claro, querido, claro! Está con las abejas. Dicen que este año enjambran bien, dice que el Señor ha dado a las abejas tal pujanza que mi viejo no recuerda que haya sido así nunca. "Dios nos lo da todo sin mirar nuestros pecados", dice. ¡Pasa, pues, deseado, pasa; mi viejo se alegrará!

Efim atravesó el zaguán, cruzó el corral y se dirigió directamente a las colmenas. Y allí ve ya a Elisei, sin velo ni guantes, de pie entre las abejas. Con una chaqueta gris está de pie, bajo un abedul, tiene los brazos extendidos y mira hacia arriba, y su calva le brilla sobre toda la cabeza. Exactamente así lo había visto Efim junto al sepulcro de Cristo. Como allí la luz de la lámpara

brillaba sobre él, así ahora el sol destella entre las ramas, y en torno a su cabeza las abejas han trenzado un aro de oro, juegan, pero no le pican. Efim se quedó parado. La vieja llamó a su marido:

—*¡El compadre está aquí!*

Elisei se vuelve, lleno de alegría corre hacia Efim, se quita con suavidad las abejas de la barba y dice:

—*¡Dios te guarde, compadre! ¡Dios te guarde, querido hombre! ¿Has llegado bien?*

—*Las piernas me han traído. Agua del río Jordán te he traído. Ven a mi casa a buscarla. Pero si Dios Nuestro Señor habrá aceptado mis obras...*

—*¡Gracias a Dios, querido, a Él solo gracias! ¡Jesucristo te salve!* —le interrumpió Elisei.

Tras un breve silencio, Efim retomó la palabra:

—*Con los pies sí estuve allí —dijo—, pero si mi alma estuvo en los Santos Lugares, o si fue otro...*

—*Eso es cosa de Dios, compadre, cosa de Dios.*

—*De regreso a casa, me detuve también en el pueblo donde tú me habías dejado...*

Entonces Elisei se asustó y de repente se le notó mucha prisa:

—*¡Eso es cosa de Dios, compadre, cosa de Dios! Pero ahora entremos a probar mi miel.*

Así que Elisei no dejó seguir hablando a Efim y desvió la conversación hacia otros asuntos.

Efim, sin embargo, suspiró hondamente y no contó nada más, ni de aquellas gentes a las que Elisei había ayudado, ni de lo que había visto en Jerusalén. Y comprendió que Dios ha encomendado a cada uno de nosotros cumplir nuestro voto en este mundo amando a nuestro prójimo y haciéndole bien.